

Tanto para Day como para Chesterton, la gratitud no era el final de un sentimiento: era el comienzo de la fe

Su mundo terminó en los 10 días que estuvo en el hospital con su hija recién nacida, **Tamar**, escribió **Dorothy Day** un poco dramáticamente muchos años después.

“Si hubiera escrito el libro más grande, compuesto la sinfonía más grande, pintado el cuadro más hermoso o esculpido la figura más exquisita, no podría haberme sentido más exaltada creadora de lo que me sentí cuando pusieron a mi hija en mis brazos”, escribió en el prefacio de su libro *Teresa*, una biografía de **Santa Teresita de Lisieux**.

Este sentimiento la condujo a Dios y de ahí a la Iglesia Católica. «Me llenó una sensación de felicidad y alegría tan grande que ansiaba a alguien a quien agradecer, amar, incluso venerar, por tan gran bien que me había sido otorgado. Esa pequeña niña no era suficiente para contener mi amor, ni tampoco el padre, aunque mi corazón rebosaba de amor por ambos».

Ella describió el sentimiento de esta manera en su autobiografía *La larga soledad*:

El objeto final de este amor y gratitud era Dios. Ninguna criatura humana podría recibir ni contener una inundación de amor y alegría tan inmensa como la que sentí a menudo tras el nacimiento de mi hijo. Con esto surgió la necesidad de adorar.

Muchas conversiones comienzan con gratitud, como la de Day, por regalos que se sienten como tales incluso para quienes aún no creen en un don divino. Su gratitud les da una pista o un reconocimiento de trascendencia. Los dirige hacia Dios y facilita la fe.

Los regalos también pueden parecer regalos para aquellos, probablemente más numerosos, que creen vagamente en Dios, quien creó el mundo que tenemos y parece tener algo que ver con él ahora. Ven a

Dios más como una fuerza que como una persona, pero al sentir gratitud y querer agradecer a alguien, pueden llegar a comprender que la fuerza debe ser una persona, alguien que da regalos, más que un proveedor impersonal.

La gratitud de Chesterton

G. K. Chesterton también llegó al cristianismo, y finalmente a la Iglesia, por su gratitud hacia el mundo. Sentía gratitud mucho antes de convertirse al cristianismo. La idea de «aceptar las cosas con gratitud y no darlas por sentado» fue, como escribió aproximadamente un año antes de morir, «la idea principal de mi vida». Si alguna vez fuera canonizado, debería ser nombrado santo patrono de la gratitud.

“La prueba de toda felicidad es la gratitud; y me sentía agradecido, aunque no sabía a quién”, escribió sobre su juventud en su gran libro [Ortodoxia](#), escrito en 1908, cuando se había convertido en cristiano consciente, aunque aparentemente era anglicano no practicante. (No se adheriría a la Iglesia católica hasta 1922).

“Los niños agradecen cuando Papá Noel les regala juguetes o dulces en las medias navideñas”, escribió. “¿Acaso no podría yo agradecerle a Papá Noel si me regalara dos piernas milagrosas en las mías? Agradecemos a la gente por los regalos de cumpleaños, como puros y pantuflas. ¿Acaso no puedo agradecerle a nadie por el regalo de cumpleaños de mi nacimiento?”

Chesterton no pensaba así porque nunca había tenido problemas. En su juventud, sufrió una profunda desesperación y tuvo un encuentro con lo diabólico, cuando sintió que el mundo no significaba nada y que la vida no merecía la pena. Una renovada gratitud por el cosmos lo ayudó a superar esa situación.

Tras contárselo a su mejor amigo, le escribió: «Un día, un cosmos, reprendido por un pesimista, respondió: '¿Cómo puedes tú, que me injurias, consentir en hablar a través de mi maquinaria? Permíteme reducirte a la nada y luego hablaremos del asunto'. Moraleja: A un universo regalado no se le mira el dedo». Casi al mismo tiempo, escribió un poema corto titulado *Atardecer*:

Aquí muere otro día.

Durante el cual tuve ojos, oídos, manos

y el gran mundo que me rodea;

y con el mañana comienza otro.

¿Por qué se me permiten dos?

A lo largo de su vida, escribió cientos de páginas como ésta.

El hilo delgado

Al final de su vida, 27 años después, Chesterton escribió en su *Autobiografía* que, en los días desesperados de su juventud, se había aferrado a los restos de la religión con un fino hilo de agradecimiento. Esto lo mantuvo vivo, quizás literalmente.

Di gracias a los dioses que fueran, no como **Swinburne**, porque ninguna vida viviera eternamente, sino porque cualquier vida viviera; no, como **Henley**, por mi alma inconquistable (pues nunca he sido tan optimista sobre mi propia alma como para eso), sino por mi propia alma y mi propio cuerpo, incluso si pudieran ser conquistados. (Swinburne y Henley eran poetas agnósticos, el primero pesimista y el segundo optimista).

En su Autobiografía, describió la teoría de las cosas que había ideado. «Incluso la mera existencia, reducida a sus límites más primarios, era tan extraordinaria que resultaba emocionante», dijo. «Cualquier cosa era magnífica comparada con la nada. Aunque la luz del día fuera un sueño, era una ensoñación; no una pesadilla».

No pudo evitar sentirse agradecido por esa magnificencia y no pudo evitar buscar a alguien a quien agradecerle por ella.

Muchas personas experimentaban la misma sensación sin darse cuenta, si sentían «algún tipo de paz, confianza o tranquilidad, incluso una confianza o tranquilidad inconsciente», pensaba. Ese sentimiento debería conducirlos a Dios, sobre todo si veían que sus creencias no justificaban la gratitud que sentían.

Chesterton vio esto en los místicos de la naturaleza de su época (que aún nos acompañan hoy). «Incluso el culto a la naturaleza que sentían los paganos, incluso el amor por la naturaleza que sentían los panteístas, depende en última instancia tanto de un propósito implícito y de un bien positivo en las cosas, como de la gratitud directa que sentían los cristianos», explicó.

Los paganos y panteístas creían en el “cuento de hadas” de que la naturaleza es “una especie de hada madrina”.

Creía que los cuentos de hadas señalan verdades y pueden ser la vía para que las personas encuentren la verdad explícita. En este caso, «solo puede haber hadas madrinas porque hay madrinas; y solo puede

haber madrinas porque existe Dios».

Gratitud y conversión

La gratitud por lo que tienes y especialmente por la vida y el universo que tienes, te pone en una pendiente resbaladiza hacia la creencia, aunque no todos se deslizan completamente por la colina hacia la creencia cristiana, mucho menos hacia la creencia cristiana en su forma más plena en la Iglesia Católica.

No veo cómo podemos sentirnos verdaderamente agradecidos sin intentar encontrar a la persona a quien agradecer. Sientes una gratitud profunda que exige expresarla y que encuentres a alguien, y más concretamente a alguien, a quien agradecer por lo que has recibido, sabiendo que no lo mereces. Te sentirás frustrado hasta que puedas decir "Gracias" cara a cara. La búsqueda te obliga a reflexionar sobre el mundo con mayor profundidad de la que te habrías inclinado.

Esa gratitud se convierte en una forma de vida, porque sabes que Dios nunca deja de darte el cosmos y todo lo bueno que hay en él. En «*Todo es gracia: La espiritualidad de Dorothy Day*», su biógrafo, **William D. Miller**, explicó que ella entendía que la conversión «ocurría cuando la persona, por gratitud a la vida y la esperanza de una vida plena en la eternidad, se volvía a Dios y buscaba hacer su voluntad. La búsqueda perduraba mientras vivía: un estudio continuo, un esfuerzo continuo por comprender mejor y luego plasmar esa comprensión en las acciones de la vida».

Como hubiera dicho **San Agustín**: nuestro corazón está inquieto hasta que te damos gracias.

David Mills en firstthings.com